

ROTA Y RECONSTRUIDA

El primer paso del camino.

Comienzo a escribir esto a mis 37 años. En un momento en el que he tomado ya ciertas decisiones que me ponen en mi lugar de “mujer adulta”: soy madre, soy esposa, soy hija, soy hermana, soy amiga. Pero al mismo tiempo estoy en un punto en el que comencé a cuestionarme esas decisiones que me trajeron a ocupar el lugar que tengo ahora y preguntarme si este es el lugar en el que quiero estar, si así era como me imaginé mi vida y si hay cosas que pueda cambiar para ser feliz.

Hace tiempo que comencé a preguntarme cosas sobre mí y sobre mi vida. Todo ocurrió en medio de una dura crisis por mi maternidad y mi dolorosa conclusión fue que en los últimos años me había sentido como un fantasma y desde entonces empecé a buscarme. Quería reconocer mi propia fuerza, quería admirarme a mí misma como admiro a otras mujeres, quería saber de mis capacidades y reconocirme con cariño a mí misma, quería sentirme valiosa, hermosa y apasionada por la vida, mi vida. Sin embargo, me di cuenta que el camino para lograr esto era muy largo y a ratos doloroso, por lo que mis avances a veces no son los esperados.

Empiezo esto porque quiero contar mi historia para reencontrarme conmigo.

Mujer extraviada. Se busca.

Yo soy una mujer, nací mujer y crecí como tal en este país en el seno de una familia bastante tradicional, grande, católica. Siempre he sentido que de la educación familiar y de mis experiencias en la infancia y juventud resulté siendo una persona sobre todo insegura, miedosa, con necesidad de agradarle a todos, de no hacer ruido ni llamar la atención, algo así como para no molestar. Siempre he sido una mujer observadora, recuerdo que de niña miraba las cosas que pasaban a mi

alrededor y las repetía en mi mente, pensaba, imaginaba mucho, siempre estaba creando historias casi siempre de situaciones en las que yo era rescatada al estilo princesa y encontraba el amor o era una heroína. Me recuerdo pensativa y callada, resolviendo cosas en mi mente, leyendo diccionarios porque en casa no había muchos libros, salvo los religiosos de mi mamá y algunas historias (sobre todo vidas de santos) que mi mamá nos compraba, además de algunos pocos libros de literatura que mis hermanos mayores necesitaban en sus escuelas. Crecí así y siempre fui calladita.

Con el tiempo me di cuenta que esa intención mía de no molestar parecía no haberse logrado con éxito, en algún punto me topé con gente a la que no le gustaba la gente tímida porque éramos inseguras y comencé a creer que efectivamente había algo mal conmigo. Y ahora ya me escondía yo y al mismo tiempo tenía que fingir que no era tan tímida para que la gente no me señalara como “la seria”. Nunca funcionó y siempre fui la seria, la nerd, la lista. Me gustaba la escuela y no entiendo por qué eso estaba mal, o bueno, no me gustaba la escuela ni los maestros ni los compañeros, pero me gustaba aprender. No había nada peor que me preguntara algo la profesora y yo tuviera que hablar enfrente del grupo, me quedaba muda, sentía la sangre irse a la cabeza, sentir que todos me miraban, el corazón agitado, sólo por tener que responder algo que seguramente sabía, pero que no podía expresar con claridad.

Creo que siempre ha sido ése un reto para mí, hablar con otros, darme a conocer, explicar cosas, transmitir mi sentido del humor. Un día, siendo ya una joven quinceañera o algo así mi hermana me dijo que me hacía falta ordenar mis ideas, porque quería decir muchas cosas y al final no se me entendía nada. Esa crítica me puso a reflexionar mucho y me di cuenta que tenía razón, que a veces, sobre todo cuando hablaba de los temas que más me interesaban no tenía orden para hablar, era como si mis ideas se atropellaran por salir primero, claro, sólo con las personas de mi confianza, fuera de eso seguía siendo bastante contemplativa. No sé si entonces, pero quizás sí, comencé a poner atención en la escritura de mis diarios y

creo que gané un poco de organización para sacar mis ideas. Durante muchos años llevé la escritura de mis diarios, en plural porque fueron 6 ó 7, cuando se acababa uno o mejor cuando tenía alguna experiencia desafiante en mi vida solía terminar el diario y comenzar uno nuevo, siempre eran libretas lindas compradas *ex profeso* para ser diarios. Creo que hasta que llegó la maternidad a mi vida fue que la escritura y la lectura dejaron de ser una actividad cotidiana para mí y de eso han pasado poco más de 5 años.

Siempre me ha gustado la soledad y el silencio (cosas que echo mucho de menos ahora que soy mamá y mis hijos me acompañan hasta al baño), porque me daba tiempo de pensar, era bonito estar conmigo misma. A pesar de lo tímida que podía llegar a ser siempre pensé que yo era una buena compañía, al menos no era una persona tóxica y grosera, o eso creo yo. Por mi misma actitud siempre tuve pocos amigos y con el tiempo se fueron haciendo menos. Mis relaciones amistosas eran bastante constantes, recuerdo pocas veces haberme peleado con mis amigas (hasta que fui mayor comencé a tener amigos), me comunicaba mucho con ellas, sobre todo con las de la secundaria y con las de la universidad, recuerdo ser seguida por ellas, me preguntaban cosas, me pedían consejos. Me hacían sentir muy importante, tomada en cuenta y eso me gustaba. Claro, era otra forma de socialización, nos veíamos en la escuela y después quizás hablábamos por teléfono, pero casi todo era siempre frente a frente, mucho más cercano y personal de lo que es ahora mi relación con muchas personas.

Pienso que los momentos de soledad que antes tenía también se han visto reducidos y casi eliminados por el uso de las redes sociales, hasta 2010, cuando dejé mi casa para irme a estudiar a otra ciudad no las conocía y no usaba la computadora más que para buscar información de mi trabajo, documentar y escribir mi tesis, escribir algunos correos, ver alguna película, escuchar música. Pero después de ese año y de mudarme, siento que mi vida fue invadida por una necesidad de estar conectada (no sé bien a qué) todo el tiempo. Aun así, las redes son como estar parada sola mirando en una estación de metro concurrida o en mitad

del centro de la ciudad, hay mucho ruido que te distrae y no te deja pensar, pero tampoco es que estés en contacto con la gente, te rozan, algunos te miran y con suerte tendrás alguna interacción, pero sigues estando sola y anónima. Es curioso que ahora sea una gran necesidad para la mayoría de las personas estar ahí, parados, viviendo en medio del barullo del mundo virtual para sustraernos del mundo que realmente habitamos, el que de verdad vale la pena.

Me gustaba la estabilidad. Siempre me han dado miedo los cambios y la incertidumbre, mi familia en sí podría ser un ejemplo de estabilidad gracias a mis padres y a que, en general, todos seguimos la ruta deseable para nuestras vidas. Había certeza sobre qué vendría en el futuro para cada uno, estar en casa como hijos, estudiar, sacar una carrera universitaria, trabajar, casarse y formar una familia aparte y repetir ese esquema con nuestros propios hijos. Siendo yo más joven estaba convencida de que no quería eso para mí, que yo quería seguir estando sola y no tener que cuidar de nadie más que de mí. Me impactaba mucho la imagen de mi madre, eterna ama de casa, que atendía a todos a horas y a deshoras, valorada como maravillosa el Día de las Madres, pero olvidada el resto del año. Me molestaba saberla callada ante las injusticias machistas de mi padre de las que yo solía sustraerme yéndome a mi cuarto a estar sola y hacer mis cosas, pero oía sus exigencias, sus discusiones y odiaba la idea de tener que vivir para atender a otro(s).

En algún punto, supongo que cuando empecé a relacionarme con hombres y me di cuenta que yo, siendo como era, podía ser atractiva, que algunos se fijaban en mí, que era agradable estar con ellos y sentirme apreciada y querida, cambié de opinión para imaginarme, algún día, emparejada y formando una familia. Creo que en todas mis imaginaciones siempre era yo más independiente y segura de lo que soy ahora y esa es una de mis grandes ¿derrotas? ¿pérdidas?

Ser mamá me cambió la vida en todos sentidos, yo no estaba convencida de que quería serlo ni siquiera con el hombre con el que me casé y que es el padre de

mis hijos, pero las circunstancias me hicieron aceptar la decisión de ser madre. Y para bien o para mal mi vida ahora está centrada en mis hijos. Estoy segura que en algún momento los tomé como causa de no conquistar algunos de los retos en la esfera pública. Es decir, para algunos proyectos, especialmente de trabajo y estudio que se presentaron después de ser mamá, la razón para no alcanzarlos tenía que ver con mis hijos, porque yo quería estar con ellos, pendiente de su salud, su seguridad y su educación, porque claro, nadie lo haría mejor que yo. Entonces comencé a sentirme crucificada, diría mi mamá, jalada por un lado por las necesidades de trabajar para hacer frente a la vida familiar y por las ganas de seguir mis sueños (cursar el doctorado y que algún día mi nombre se viera precedido por el título "Dra. en historia"). Y por otro lado por la idea de que mis hijos me necesitaban 24x7 y que nadie, NADIE, debía ocupar mi lugar porque ellos son mi responsabilidad. Dado que mi esposo podía salir a trabajar, yo adopté la casa como mi lugar y como mi refugio (y también como mi cárcel).

Si tuviera que pensar en mis cualidades diría que soy una mujer ecuaníme, conciliadora, tranquila, amable, inteligente, intuitiva. Y del otro lado, del lado de los defectos, sigo siendo profundamente insegura, preocupada por el qué dirán, a ratos pasiva, débil a la hora que debería ser fuerte. Ahora pienso que en mi educación faltó que me enseñaran a ser agresiva cuando fuera necesario, esto de nunca pelear y quedarme callada para evitar el conflicto no es bueno, llega un momento en el que te cansas. Me hubiera gustado en muchos momentos de mi vida ser más guerrera, saber levantar la voz en el momento que fuera necesario.

La maternidad también me trajo un nuevo estilo de fuerza, dice mi esposo que sí soy más agresiva y contestona desde que tuve hijos, supongo que sí, bajo la idea de que yo soy la que tiene que defenderlos.

Hoy de camino a la escuela de mi hijo pensé que nunca o rara vez me siento orgullosa de mí, como si mis logros, pequeños o grandes, debiera mantenerlos también calladitos, mi mamá decía que uno debía ser humilde, sumado a mi temor

de ser señalada por lo que fuera, siento que pasé mucho tiempo de mi vida minimizando las cosas que hacía realmente bien. Ahora en pareja, incluso, siento que mi lugar es brillar pero como la luna, sin luz propia y nunca más fuerte que el sol. Aunque la vida me ha dejado ver que hay muchas cosas para las que soy estupenda, pero no suelo dejarlo saber ni que me sea reconocido.

Y mi cuerpo... el gran problema del cuerpo de mujer que nunca es ni ha sido el cuerpo perfecto, de niña siempre más grande de lo que eran las demás de mi edad, con el cabello corto hasta alguna vez llegaron a confundirme con niño, salvo por mis aretes quizás hubiera sido más común este error. De adolescente no era la niña gordita, era obesa realmente, a veces me pregunto por qué mi mamá nunca buscó atender esas cosas, no recuerdo que me hayan ayudado alguna vez a controlar mi forma de comer, me queda claro que en mi sobrepeso jugaba un gran papel la ansiedad y el miedo al mundo, pero nunca nadie en mi familia dijo algo para ayudarme. Hasta que crecí y fui más independiente en mis decisiones pude hacer cosas para mejorar. Pero incluso entonces cuando nadaba y comía lo más sano posible, siempre pensé que era gorda, que mi nariz era muy grande, mis dientes feos, mi cabello rebelde y mis estrías muy notorias. Mi cuerpo a veces ha sido una gran lápida con la que he tenido que cargar. Sólo un periodo de tiempo recuerdo haberme sentido más hermosa que nunca y en ese entonces tuve varias parejas o prospectos de. Yo sabía que les gustaba mi actitud porque mi cuerpo era el mismo que antes, sólo que yo me sentía contenta conmigo, hacía cosas que me gustaban y tenía sueños y proyectos en puerta... Creo que fue entonces cuando fui más productiva.

Desde hace tiempo sospecho que la vida en pareja también fue un gran cambio para el que quizás no estaba lista y que he perdido muchas cosas en el camino con la intención de "hacer que las cosas funcionen". Me fui a vivir con mi esposo a los meses de conocernos y eso fue hace ocho años. Dos hijos después me pregunto cómo hubiera sido mi vida si en lugar de buscar refugio y protección en él cuando, después de independizarme de mi familia, me di cuenta que la vida

no era tan rosa como yo esperaba. Si hubiera aguantado más por mi cuenta seguramente hubiera podido hacer tal o cual cosa y no me hubiera limitado tanto acomodándome en el lugar de esposa fiel y devota (que es el mismo modelo de mi madre). Quería viajar, seguir estudiando, trabajar, conocer más gente... En cambio me recliné en una vida que no me terminaba de gustar pero a la que creo que me acostumbré porque me hacía sentir segura. Por ahí dicen que nada crece en la zona de confort y creo que eso es lo que yo encontré en la vida de pareja. Un lugar para esconderme cuando las cosas no me salieron tan bien. Cuando fallé en la meta siguiente a la maestría, que no pude entrar al doctorado que quería y cuando por fin me aceptaron en uno lo dejé apenas unos meses después de haberlo iniciado, la casa-refugio tuvo aún más razón de ser. Me sentía rota y que había decepcionado a mis pocas amistades (la mayoría del ámbito académico) que aún creían en mí. Yo dejé de creer en mi capacidad casi por completo y puse mi empeño en explotar la otra parte, la de mamá y ama de casa, teniendo nuestro departamento impecable, cocinando y cuidando hijos con todo el esmero posible. Pero dejé de lado mis sueños para darle paso a otros que no me convencían tanto.

En la semana tuve una entrevista de trabajo, un día antes me avisaron, no tenía nada que ponerme para presentarme, mis ropas de mamá son pantalones de mezclilla, playera y tenis. Mi esposo tuvo que ir a una tienda a comprarme una blusa y un pantalón para presentarme al lugar porque yo estaba en casa terminando un trabajo extra que nos habían pedido. Me miraba las manos reseca por tanto lavar jergas y tallar calcetines, mi cabello despeinado, mi bolso que parece más una pañalera. Pensé tanto en mí, en lo que soy ahora, muchos sentimientos de inseguridad aparecieron, “¿Qué respondería si me preguntaban por los últimos años en los que no he tenido un trabajo formal? ¡Dios, pero si ya no me acuerdo de tales o cuales cosas de la Universidad! ¡Nunca leí tal libro, qué tal que me preguntan sobre eso! Si me piden dar una clase muestra... voy a caer en pánico, no voy a poder ¿Y estas canas? ¿Cuándo me salieron tantas?”. Parece que mi idea de que no sé lo suficiente para optar por un empleo en algún lugar está perfectamente instalada en mi mente.

Sólo he dado el primer paso (ir a la entrevista) y desde entonces me debato con la idea de si debo continuar con el proceso de selección aunque el 80% del tiempo esté pensando que no voy a poder con todo, que no soy tan buena como lo requieren... Y aquí sigo pensando en quién soy yo.

El camino de las mujeres.

Leí muchas veces las instrucciones de este ejercicio para asegurarme que entendía de qué se trata y pensé que muchas veces me he preguntado por esa sabiduría interior que a ratos parece no estar por ningún lado. Cuando me convertí en mamá, en medio del remolino de sentimientos que tenía al respecto sintiéndome poco hábil, desconfiada, triste, enojada, cansada, me pregunté decenas de veces si mi madre y mis hermanas habrían compartido esos mismos sentimientos que tenía tan frecuentemente. Porque yo las recordaba a todas ecuanimes, tranquilas, maternales, llenas de cariños para sus hijos y yo me sentía absurdamente desarticulada. Pensaba en las palabras de mi mamá, en las que ella les dirigió a mis hermanas cuando tuvieron hijos, ellas las que sí la tuvieron cerca, no como yo que tuve que encontrar el modo de mantener lejos de las madres que me resultaban familiares. “Después de tener un hijo ya nunca estarás sola”... Bueno, tus hijos te seguirán durante años a muchos lugares, te necesitarán, te cansarán, se alimentarán de ti, pero eso no significa que no llegarás a sentirte sola. “La maternidad es un regalo de Dios, te encontró confiable y por eso te lo dio”. Para mi madre todo siempre tiene que ver con Dios y una nunca estará suficientemente agradecida con él por todo lo que nos da.

Mi mamá es una de las mujeres más fuertes que conozco, es incansable, es como una hormiga, para cualquiera puede pasar desapercibida, pero siempre está haciendo algo, trabaja, cocina, lee, hace el mandado. Sus manos ágiles siempre lavando trastes, meneando ollas, manos de piel delgada, reseca, desgastada por el uso del agua y el detergente. Decía que ella tenía que hacer las cosas rápido,

aunque con la edad la rapidez se hizo sinónimo de descuido, ahora lava los platos con la velocidad de siempre pero les queda jabón o comida a todos, no lo ve por hacerlo rápido o ya no le importa. Yo creo que ninguno tenemos el derecho de reclamarle nada a alguien que ha hecho lo mismo durante décadas. Que lo haga como quiera y a quien no le guste que lo haga por sí mismo a su manera. Miles de veces me he preguntado por la sumisión de mi mamá, no le gusta pelear, pero a veces sí le reclama a mi papá, sólo a él, el roce de ambos debe haberlos pulido ya en estos más de 50 años juntos. Hace sus cosas con toda la diligencia del mundo. Yo creo que nunca la vi como yo siento que me veo a veces, y me pregunto cómo le hizo si ella tuvo muchos hijos más de los que tengo yo. ¿Será que renunció a ser ella? ¿O su maternidad nunca le quitó nada de lo que yo siento que perdí? Ella dice y defiende su decisión de estar en el hogar, hizo lo que quiso, pero me pregunto si nunca se arrepintió. Le gusta aprender, leer y estudiar, pero todas esas habilidades decidió ponerlas al servicio de la parroquia de la colonia. Yo pienso que fue su válvula de escape y eso la ha ayudado a lidiar con la soledad que a veces también debe sentir.

Mis hermanas fueron madres más modernas, todas son profesionistas y en general han trabajado tanto en casa como fuera de ella. Aun así creo que todas pensamos que el papel de nosotras como mujeres está atravesado por las obligaciones del hogar. Todas somos mujeres con doble jornada de trabajo. Tampoco a ellas las vi desesperadas por su maternidad en algún momento. Cuando más rebasada me sentí pensé que debía hablar con ellas sobre su idea de maternidad para aprender de ellas, estoy segura que tenemos más en común de lo que me imagino. Si habláramos más nos sentiríamos menos solas, estoy segura.

Otra mujer que me ha construido y quizás nunca le doy el crédito correspondiente es mi suegra, es una mujer mucho más ruda que todas las mujeres de mi familia juntas, una historia difícil llena de abandonos y trabajo la moldearon como una mujer sumamente fuerte, enérgica, dura. Yo nunca había tenido que convivir con alguien como ella, a veces he llegado a detestarla pero muchas otras

me he sentido ampliamente identificada y cercana a ella. Quisiera comprenderla mejor, pero en nuestra relación siempre ha permeado una actitud de establecer límites, siento que nunca podré ser tan cercana a ella como me gustaría. O quizás sí, si un día logro derribar los malos recuerdos que tengo de ella de hace algunos años, pero me doy cuenta que mientras mis hijos son pequeños no lo puedo hacer. Es como si ella y yo nos viéramos con cierta rivalidad o recelo por las preferencias y el cariño de mi esposo/su hijo y de mis hijos/sus nietos. Es una sensación extraña, de alguna forma confiamos una en la otra pero de forma limitada, supongo que esto de no compartir lazos sanguíneos al final siempre pesa y nuestras respectivas personalidades no ayudan tanto. Aun así he tenido aprendizajes importantes de ella, su fuerza que tantas veces incomoda me ha enseñado a levantar la voz más veces de las que lo hubiera hecho por mí misma, he aprendido sobre el sacrificio y la entrega, sobre ser fuerte a veces más allá de lo que una cree que es.

Estoy convencida que soy el resultado de la intervención y presencia de muchas mujeres. Desde hace un tiempo me siento conectada con esa realidad, o bueno, al menos he reconocido que antes de mí ha habido mujeres hermosas, fuertes e importantes que dejaron en mí una huella profunda. A mi madre, a mis hermanas, a mis amigas, a mi hija, a mis sobrinas y al resto de las mujeres en mi vida les debo tanto, las admiro tanto y las amo tanto, que yo sé que soy parte de un camino en el que todas de alguna forma estamos conectadas. Y me gusta ser parte de este camino, sólo que a veces me pregunto mucho por la guía para saber que el lugar en el que estoy es el correcto, que lo que estoy haciendo está bien.

La del espejo.

Espejo, maldito espejo. Casi nunca me has gustado, te empeñas en hacer evidente lo que he querido esconder y con el paso del tiempo me enseñas las cosas que no creí que aparecerían o al menos no tan pronto. Nunca he visto en ti una imagen agradable que me haga amarme, pero ya no sé si eres tú o soy yo la que con ojo

de jueza siempre me acerqué a observarme con dureza y dejé pasar mi belleza para concentrarme en lo imperfecto de mi cuerpo.

Hace meses descubrí en mi reflejo mis canas, nuevos hilos plateados recorrían todo el largo de mi cabello y cada vez eran más. Habían dejado de ser unas cuantas que permanecían escondidas a ser decenas amontonadas y cada vez más evidentes. No me sentí preparada para ver mi cabello encanecer. Las canas hablan de vejez, de descuido, del final de la vida, ¿no es muy pronto para eso? Recordé a mis padres, ambos de cabezas blancas desde hace muchos años, bueno, mi madre se pinta su cabello, pero mi papá tiene todo su cabello blanco desde hace mucho tiempo. Yo me rehúso a caer en la tiranía del tinte.

En el espejo descubrí las partes imperfectas de mi cuerpo, los senos disparejos, lo abultado de mi abdomen, lo grueso de mis muslos, mi celulitis, mis ojeras y manchas de la piel, la flacidez de mis brazos, lo chueco de mis dientes, lo crespo de mi cabello, la ropa que no me ajustaba bien, mis estrías, mis arrugas y las canas. Todo lo que veía en el espejo me hablaba de cosas que no podía cambiar y más que un apoyo, de mi observación resultaba dolor. El dolor que llevamos auestas casi todas las mujeres por saber que no encajamos en esos moldes de belleza que circulan por todos los medios de comunicación. Yo no sé si los hombres lo vivan de manera parecida, pero me queda claro que las mujeres nos torturamos viéndonos, diseccionándonos, revisándonos y reprobándonos en el espejo. Una amiga mía me decía hace poco que como tiene mucho sobrepeso decidió empezar a hacer ejercicio a las 4 am. Se levanta y hace caminadora y bicicleta y luego se prepara para el trabajo. Me dijo que luego intentará clases de zumba pero en casa porque le da pena que la vean. Me quedé pensando en lo duro que es esa frase “me da pena que me vean”, las mujeres nos avergonzamos de nosotras mismas y vivimos arrastrando nuestro lamentable cuerpo con nosotras. Yo lo he hecho. Yo creo que desde niñas lo aprendemos y lo llevamos con nosotras toda la vida.

Tardé mucho para encontrar en el espejo algo más que la imagen de mi cuerpo, para leer mis miradas, para admirar la belleza que me regresaba, para entender que esa que veía ahí era yo y que yo estaba bien, que no había nada mal conmigo. Esto lo empecé a pensar hace relativamente poco tiempo, pero no significa que sea siempre la idea que tengo de mí, aún me veo al espejo y me repruebo, quizás ahora intento verme menos, porque confío más en que estoy bien y no necesito estar confirmándolo a cada rato, o tal vez porque tengo menos tiempo para esos detalles. Aceptar mi cuerpo, mi realidad, mi belleza, lo que soy es un ejercicio que todavía estoy realizando con la intención de lograr creerlo.

Recapitulando, en realidad han sido pocas las veces que me acerqué al espejo con fines de admiración o reconciliación o al menos agradecimiento. Mi cuerpo que me ha acompañado tantos años, todos, que ha sido vehículo para mi espíritu, que ha albergado la vida tres veces, que me ha sostenido, que a pesar del dolor se ha levantado. Quizás nunca lo he visto con cariño para decirle gracias, más bien he sido dura, he sido impaciente y he sido poco comprensiva. Y estoy segura que mi actitud hacia mí me ha lastimado muchas veces. Curioso, dolor que surge de mí hacia mí.

No es bueno que una pase toda su vida pensando que hay algo mal consigo misma, una está bien, nuestros cuerpos están bien. Afortunadamente llegó un momento en el que comencé a cuestionarme tanta incomodidad con mi cuerpo, no podía ser yo junto con muchas mujeres la que estuviera mal, pensándolo cuidadosamente resultaban muchas cuestiones de nuestra crianza, de nuestra socialización y de nuestra historia como género que tenían que ver con los beneficios de que las mujeres no nos sintamos cómodas con nuestro cuerpo. Pero ahora el trabajo pendiente es recuperar el tiempo perdido, ser amable conmigo misma y tratarme con amor.

La reconciliación con mi imagen del espejo es algo que sé que tengo pendiente pero también sé que es una asignatura que no quiero abandonar, por mi bien y por el de mis hijos, sé que por encima de todo es un acto de justicia y me lo merezco.

Los tesoros de Nora.

De niña me gustaba guardar cosas bonitas que llegaran a mí, no tenía muchos medios para hacerme de detalles bonitos, así que las cosas que podía atrapar a mi paso terminaron convirtiéndose en cosas valiosas. Recuerdo recoger piedras del río cerca del terreno de mi papá, una pulsera de corazones de plástico usada que me dio una maestra del kínder porque le ayudaba a limpiar el salón en lugar de salir al recreo y la sacó del bote de objetos olvidados, una figura de plástico que salió de la caja del cereal y una de una caja de dulces de la mascota de las Olimpiadas de Barcelona 92'. Pero eran objetos que llegaban y se iban, yo veía a mis hermanas y a mi madre cuando arreglaban sus cajones de ropa que siempre tenían una cajita con cosas guardadas, cartas, alhajas, alguna flor seca, una caja de música, eran sus recuerdos y de niña yo esperaba hacerme de una caja así con el tiempo.

En diversas etapas de mi vida me hice de esas cosas, las cartas con los novios, un separador que habían hecho expresamente para mí con alguna imagen que me gustara, las joyitas que me regalaron en mi fiesta de XV años, cosas que jamás usé porque no era mi estilo. Un anillo que me dio la mamá de mi primer novio, era de oro con una piedra verde, en realidad jamás me gustó y nunca lo usé, pero lo guardé durante años, una inscripción de mi nombre en árabe que me trajo mi hermano de cuando vivía en Arabia Saudita, nunca la usé porque necesitaba una cadena especial y no tenía dinero para comprarla, ah y una bella murrina española. Me doy cuenta que esas cositas eran detalles que guardaba pero que no usaba y las llevé cargando conmigo durante muchos años sin ponerme a pensar si en verdad eran importantes para mí.

Cuando dejé mi casa tuve que pensar con más seriedad si esas cosas eran realmente importantes así que las dejé ir, conservé sólo algunas, pero las cosas que me serían más significativas estaban en otro lado.

La primera y de la que he hablado son mis diarios, deben ser 5 o 6 libretas bonitas que usé como diarios durante diversas épocas de mi vida, las fui almacenando pero cuando me mudé no pude traérlas conmigo, a la fecha deben estar en el cuarto de tiliches de la casa de mis padres en una caja y en una bolsa negra. Si algo me interesa recuperar para mi vida es eso y dos cuadernos de cartas que me escribí durante algunos años con el hombre que pensaba que debía ser lo más parecido al amor de mi vida. Lo conocí por internet y nuestra relación fue exclusivamente vía correo electrónico y chat (el antiguo *Messenger* de *Hotmail*) por un año, luego se mudó de su natal Argentina, a España y nuestra relación se distanció, aun así yo seguí escribiéndole mucho y esas cartas las guardé ahí. Las escribía a mano, las transcribía en la computadora y luego las enviaba en algún cibercafé o en las esporádicas conexiones que hacíamos en casa cuando el internet no era una herramienta tan común. Pasados los años me di cuenta que había invertido una cantidad descomunal de tiempo, de ideas, de cariño en una persona a la que si bien no le era indiferente, había seguido su vida mientras yo me había estacionado esperando quién sabe qué de él. Fue mucho tiempo y muchas veces he llegado a pensar que me arrepiento porque creo que mi creatividad y mis ideas hubieran tenido un mejor destino en otro lado.

En los diarios también había muchas ideas sobre otros hombres que en algún momento me interesaron, a quienes nunca les hablé y para quienes nunca significué nada. Ahora pienso que ojalá en aquel entonces hubiera sabido algo más sobre feminismo y hubiera podido confrontar mis ideas del amor romántico que tanto daño me hicieron. Durante años me vi a mí misma como una princesa a la espera de ser rescatada, a la expectativa del amor que llegaría en forma de príncipe azul y al que yo le entregaría todo. Con estas ideas terminé involucrándome en relaciones en las que yo daba todo y más de lo que podía y no hubo una sola vez en la que no me

sintiera vacía. Ojalá pudiera volver a leer esos escritos, seguro querría regresar el tiempo y decirme “Noooo, estás eligiendo el peor camino para ti, te mereces otra cosa”.

También había muchas reflexiones del descontento que me producía vivir en mi casa. Sí amo a mis padres pero vivir en medio de sus límites siempre me pareció asfixiante, cuando fui mayor de edad soñaba con libertad, con hacer las cosas por mí, con vivir aparte, con ser autosuficiente, pero el esquema de vida aceptable para ellos no incluía que las hijas vivieran fuera de la casa paterna siendo solteras. La solución que se me ocurrió fue irme a estudiar a otra ciudad y funcionó, aunque no tan bien como esperaba, el choque de una vida resuelta y contenida en el hogar familiar contra la soledad de vivir aparte fue muy duro y creo que no estuve lista para hacerlo cuando creí que sólo faltaban ganas para lograrlo.

Cuando me fui de casa salí con una maleta mediana, mi chamarra y un maletín con la laptop que me había comprado con mis ahorros. Esa pequeña mudanza creció con el paso del tiempo y ahora ya lleno, junto con mi familia, nuestro departamento. Aún así siempre creí que debía estar lista para viajar ligera, así que en las diferentes etapas de mi vida, especialmente las que he vivido con mi esposo, he procurado ir depurando mis cosas, al grado de que creo ya no tener más que un puñado de cosas de aquellas con las que salí de la casa de mis padres hace 9 años. Un imán para el refrigerador que compré en mi primer viaje a España, mi computadora viejita, algunos anillos de plata que siempre me gustaron pero que ahora ya no uso porque no son prácticos para mi estilo de vida de madre.

Otra cosa que atesoré durante mucho tiempo y me marcó de una forma curiosa fue una bolsita de tela bordada de azul que cargué todos los días durante varios meses después de que terminé con el novio que tuve en la facultad. Fue una relación de tres años, sería pienso yo, pero sin futuro, cuando nos sentamos a platicar sobre eso nos dimos cuenta que no había un “nosotros” para más adelante, que no nos pensábamos casar porque yo quería estudiar y él no podía terminar la

carrera, porque no teníamos las mismas ideas religiosas y a mí comenzaba a causarme escozor las cosas que me decía sobre el papel de la mujer desde su perspectiva del tradicionalismo católico. Eso de usar faldas para ir a misa y taparme la cabeza y que los sexos se separaran en el interior de la iglesia me parecía vergonzoso. Pero no se lo dije durante mucho tiempo, mejor escribí de eso durante meses y quizás años y sufrí en silencio no saber qué iba a pasar en nuestro futuro.

Cuando terminamos recuerdo que me dio el escapulario de la orden del Carmen que usaba todos los días. Y yo guardé el escapulario junto con una carta creó, unos cigarrillos y un encendedor. Y cargué esa bolsita durante meses, no me quería separar de ella porque me parecía que al dejarla iba a estar aceptando que todo se había acabado. Pasé mi duelo, largo y sentido, hasta que me estuve lista para deshacerme del escapulario, debí guardarlo en algún lugar junto con otros regalos que me dio. Tenía una gran colección de peluches y que decidí regalar para que hicieran feliz a algún niño.

Se fue el escapulario pero los cigarrillos y el encendedor se quedaron, creo que por esa época me hice del hábito de fumar furtivamente en mi casa por las noches, me resultaba relajante y me parecía que me hacía ver interesante. Incluso iba a mis clases de natación y fumaba, creo que por eso mi capacidad pulmonar nunca fue tan buena. Cuando fui a España y conocí al dichoso amor de mi vida me quedé con su encendedor y era como mi pequeño tesoro. También con el tiempo pude dejar todas esas cosas en casa de mis padres, si están ahí algún día iré a tirarlas porque nada de eso es importante ahora.

Y dejé ese hábito justo cuando conocí a mi esposo y nos fuimos a vivir juntos, por arte de magia dejé de necesitar la nicotina y cómo no, si el enamoramiento entonces me pegó como verdadera droga, al grado que ni siquiera sentí la necesidad de volverlo a hacer salvo en una o dos ocasiones, años después, en que me llegué a sentir abrumada por cosas de la vida familiar y pensé que fumar un cigarrillo me despejaría la mente, pero más bien me mareó.

Al día de hoy en mi última mudanza que aconteció hace un par de semanas me deshice de muchas cosas, ropa vieja, ropa nueva que nunca me puse, libros, papeles de proyectos de trabajo antiguos. Mi premisa fue que si en los últimos dos años no los había usado, seguramente no habría de necesitarlos el resto de mi vida. Y así nos deshicimos de muchas cosas para poder instalarnos en un departamento más pequeño que el que rentábamos antes.

Si al día de hoy tengo alguna cosa guardada y valiosa son los aretes de rubí que usó en su aniversario de bodas número 40 y que me regaló mi mamá en una visita, el collar de perlas de mi boda, la narración de los nacimientos de mis hijos, los diminutos calcetines de recién nacido del mayor y la chambrita que le tejí a la menor, las pulseras que nos pusieron en el hospital, un libro de poemas de Jaime Sabines, una o dos ollas que mi suegra me regaló, las fotos del ejército de mi esposo que me renueva cada año y en con las que puedo ver cómo va cambiando, las plantas de mi casa que van creciendo y alegran el espacio y mis estambres y ganchillos porque me ayudan a explorar mi creatividad en los ratos libres. Pensándolo bien no son tan pocas cosas, pero siento que son mis cosas.

Yo quería ser escritora.

Siento que para mí fue difícil encontrar lo que podría llamarse “mi vocación”, de niña me atormentaba un poco no saber qué quería hacer de mi vida, es decir, cómo me veía de adulta, qué clase de carrera estudiaría y en qué trabajaría. No sabía y me costaba mucho trabajo explorar mis intereses. Un día le dije a mi mamá que quería ser escritora, tenía como 7 u 8 años, recuerdo que me contestó que escribir un libro era algo difícil, que no bastaba sólo con escribirlo, sino que los editores hacían correcciones, que tu trabajo debía interesarle a alguna editorial y luego las ventas y el dinero... Recuerdo haberme sentido desanimada de esa conversación, supongo que un “hija, tú puedes hacer lo que tú quieras, eres capaz y seguro lo podrás lograr”

hubiera estado bien. Yo lloré después de que mi mamá me dijo todo lo difícil que era “escribir un libro”. Creo que hasta dejé de verlo como una meta en mi vida.

Cuando crecí me preguntaba muchas cosas de lo que observaba, de mi entorno, de la sociedad y comencé a interesarme en la historia, pensaba que estudiando lo que había ocurrido antes, una podía entender mejor por qué las cosas eran como eran ahora. Buscaba respuestas y me gustaba el perfil de la carrera, aunque no sabía bien de qué podría trabajar alguien que se dedicara a la historia, pero me gustaba la idea de erudición que rodeaba a ese oficio. No lo supe pronto, de hecho al salir de la preparatoria opté por una ingeniería motivada por la estúpida idea de estudiar lo mismo que mi novio de entonces. Obviamente fue un rotundo fracaso para mi relación y para mis estudios, así que en dos meses abandoné la ingeniería química y me inscribí en historia. Yo nunca me había imaginado como ingeniera ni nada por el estilo, perdí un semestre pero aprendí la lección, si hubiera sido fiel a mis intereses hubiera sufrido un poco menos con todo esto.

Estudiar historia era lo mío, me sentía bien y creía que tenía cualidades para hacer una buena carrera. Me satisfacía aunque con el tiempo descubrí muchas deficiencias en mi formación, los trabajos posteriores me ayudaron a subsanarlas un poco. Desde muy pronto comencé a trabajar y nuevamente soñé con escribir un libro, quizás ahora de un tema histórico. Me invadía la curiosidad por dedicarme a la investigación y a dar clases en alguna universidad como mis maestras en la escuela. Las veía tan inteligentes y su trabajo les daba para vivir cómodamente, sólo que en general todas habían estudiado un doctorado. Visto así mi carrera académica sería larga, debía serlo.

No llegué a concluir un doctorado aunque lo empecé porque sé que en algún punto el sueño de la academia se rompió, dejé de imaginarme como la gran investigadora desde antes de tener hijos cuando noté lo hostil que era ese ambiente. Después del nacimiento de mi hijo, además de la evidente modificación de mis prioridades, la academia resultó no sólo ser hostil sino excluyente para las mujeres

que, como yo, debían compartir sus jornadas de estudio/trabajo con las del cuidado del hogar y los hijos. “Te necesitamos en el Colegio más de 8 horas, si la guardería de tu hijo no te permite ese tiempo, contrata a alguien para lo cuide al salir” “Mi vida de madre y doctorante fue así: yo sólo veía a mis hijos para llevarlos a la guardería y en la noche para acostarlos a dormir” “Llegué a rentar un departamento para mí sola y poder trabajar en mis avances de investigación sin la interrupción de mis hijos”. Eran las cosas que me dijo la directora del posgrado que empecé a estudiar. Lo hablé con mi esposo y le dije que no había tenido hijos para que alguien más se hiciera cargo de su educación y que si tenía que elegir entre mis hijos y el título yo elegía a mis hijos. En este punto creo que se diluyó mi sueño de ser investigadora y concluir un doctorado. Supe, no sin dolor, que hasta ahí había llegado mi carrera académica y que salía de ella por la puerta trasera, la de los que no lograron acabar el doctorado. Me dolió y mucho, sobre todo si pensaba que siempre había sido una buena estudiante, de las mejores en realidad. Fue como desprenderme de un sueño que había acariciado toda mi vida para dejarle su lugar a mi maternidad, a lo que consideraba mi mayor responsabilidad, pero que era un camino mucho menos glamouroso.

La maternidad, mi elección, no ha sido fácil ni satisfactoria como quisiera, siento que en cinco años no he logrado encontrar mi lugar en ella y día por medio siento que soy mala madre. Es un camino duro, lleno de soledad en realidad, sobre todo cuando tienes que maternar lejos de tu familia, siempre he echado de menos tener a mi madre y mis hermanas cerca para apoyarme cuando he tenido dudas, cuando me he sentido abrumada o cansada. Tener hijos es atender a otras personas durante todo el día, es imposible no llegar a sentir que es demasiado. Sí amas a tus hijos, sí son lo primero en lo que piensas en el día y lo último al acabar, pero también son un desafío. Ojalá una pudiera externar sus inquietudes sin el temor de ser vista como la peor cuando piensas que quisieras descansar un poco también de tus hijos. A veces me pregunto si yo tendré estos sentimientos porque en realidad nunca me planteé con seriedad el querer tener hijos, es decir, para

cuando llegaron parecía un buen momento para tenerlos, pero no era que los hubiera estado buscando, no los planeé.

Mi mamá siempre habló de tener hijos como su meta de vida y yo no puedo verlos así, yo siento que ellos son aparte de mí y algún día se irán a hacer su vida, por eso yo también debo seguir cultivando la mía, para que cuando ya no estén yo siga sintiendo que mi vida vale la pena.

Después de que nació Juan, mi hijo mayor, me di cuenta que prácticamente vivía para él y eso era demasiado agotador y me provocaba tristeza al no encontrar nada en qué reconocerme a mí misma. Comencé a buscar hacer cosas que me gustaran, pero no siempre era fácil, ya fuera por falta de dinero o tiempo, tuve que buscar nuevos hobbies compatibles con mi vida. No pude volver a nadar, cosa que he extrañado cada día durante los últimos ocho años ni a llevar un diario en papel como me gustaba. Pero a cambio comencé a tejer y a encontrar una veta de creatividad en mí que no conocía. En casa nunca tuvimos clases extraescolares de nada ni inglés ni música ni deportes. Mis papás creían que con que le echáramos ganas a la escuela era suficiente, con el paso de los años me doy cuenta de que en realidad sí hace falta aprender a cultivar otras habilidades y actividades en la vida. Ahora me encantaría aprender a bailar y mi nuevo sueño es poder crear un grupo de tejido, siento que es una actividad relajante que vale la pena compartir con otras mujeres casi a modo de terapia. Pero como yo no sé mucho de técnicas sino que soy más bien una tejedora principiante-intermedia, tengo que buscar el apoyo de alguien más. Aun así siento que es una actividad que vale la pena compartir con otras mujeres. Quisiera estudiar otras cosas, me he imaginado estudiando otra licenciatura o algo más práctico como un curso de jabonería artesanal para vender mis productos.

Es curioso, aunque tuve que alejarme de la academia, mi formación me ha permitido trabajar desde casa en muchas ocasiones cosa que nos ha ayudado enormemente en los últimos dos años, eso sí, siempre en la informalidad, pero mis

actividades de ahora como asistente de investigación, me permiten compaginar con cierto éxito mi vida de mamá y sentirme productiva desde casa. Así que el saldo, a final de cuentas es positivo y sé que aún puede mejorar.

Yo, la heroína.

Mis metas durante muchos años estuvieron relacionadas con el ámbito académico, desde niña cumplir con mis obligaciones estudiantiles era algo importante para mí. Mi carácter introvertido, perfeccionista, serio, me ayudaba para lograr la dedicación que necesitaba para estar en los cuadros de honor. Me gustaba estudiar, pero también era parte de un compromiso que había hecho siendo yo muy chica aún: un día escuché a mi mamá después de una junta escolar que le había dado pena cuando la maestra llamó a las mamás de otros compañeros que habían sacado las peores calificaciones del bimestre. Recuerdo que mi mamá comentó que le había impresionado que la maestra hubiera llamado a las mamás así en medio de todos los papás y eso la había mortificado. Yo recuerdo que escuché eso y me dije a mí misma “yo nunca voy a permitir que mi mamá se apene al ir a recoger mis calificaciones”. Pensé que sería mejor que se sonrojara pero porque le aplaudieran y no porque le dijeran que obtuve la calificación más baja. Para mí era un compromiso importante hacer que mi mamá estuviera orgullosa de mí y me convertí en una buena estudiante. Le dedicaba horas a las tareas para llevarlas de la mejor manera posible, a pesar de que en casa teníamos verdaderamente pocos recursos para investigar o conseguir imágenes, sacaba buenas notas y yo me sentía tranquila cuando mi mamá iba a la firma de boletas. Pienso que cumplí con esa meta y en su momento me hizo feliz saber que mi mamá no se apenaba al ir a mi escuela. De alguna forma esto se hizo costumbre y yo, en cualquier salón, solía ser dedicada y estudiosa y, por supuesto, no quería causar disgusto en mis padres porque ellos eran buenos y merecían que sus hijos les respondiéramos a la altura de sus esfuerzos.

De la mano con esta meta, proyectada a futuro cuando decidí qué carrera estudiaría, me imaginé a mis padres acompañándome en mis exámenes profesionales, debían ser tres, el de licenciatura, el de maestría y el de doctorado. Sólo he hecho dos y en ninguno estuvieron. El de licenciatura decidí enfrentarlo sola, será que tampoco era costumbre de mis padres ir a los exámenes de grado de sus hijos, no recuerdo haberlos visto acompañar a ninguno de mis hermanos ni que me hubieran dicho que querían acompañarme, pero sé que hubieran estado muy nerviosos y sumado a su diabetes sería una mala combinación. Sólo estuvieron conmigo algunas amigas y luego fui a mi casa a celebrar en familia, ya todo era más relajado porque sabían que el trago amargo había pasado. El de maestría lo presenté en la ciudad de México y ellos estaban en Guadalajara, mayores y con más achaques que antes tampoco me acompañaron, sólo estuvo la familia de mi ahora esposo y algunos amigos. Quizás hubiera preferido que no estuviera nadie porque creo que me concentro mejor sola. Aunque recuerdo haberles llamado a mis padres unos minutos antes de entrar al salón donde fue mi examen y después de colgar siempre tuve una gran sensación de calidez rodeándome hasta que se acabó el examen, como si ellos hubieran estado ahí, justo atrás de mí.

El de doctorado fue un proyecto que quedó en el tintero. Aún no sé si algún día lo haré y si para entonces podrán estar mis padres conmigo, pero es un plan que en este momento no es compatible con la prioridad de mi vida familiar, aunque me gustaría que por una vez mis padres pudieran escucharme y verme en acción. No sé, quizás solo para que sepan que en el fondo de mi corazón, la motivación siempre fueron ellos.

El deseo de independizarme llegó de la mano de mi carrera académica: dejé la casa de mis padres para irme a estudiar a otra ciudad, lo que significó un cambio profundo en mi vida. A veces pienso que fui egoísta, que hubiera podido hacer mucho más si me hubiera quedado en casa, que mis padres me necesitaban siendo yo la única hija que quedaba con ellos, pero luego recuerdo lo encerrada que me sentía y lo mucho que deseaba salir a conocer más cosas del mundo y me doy cuenta que fue una decisión genuina que respondía a un deseo verdadero en mí.

Para lograr este objetivo recuerdo que conseguí tres empleos, daba clases de historia en una secundaria (odiaba este trabajo, pero con lo que me pagaban podía resolver mis necesidades del mes y ahorrar lo de los otros trabajos para pagar mi estancia cuando estuviera en la otra ciudad mientras se tramitaba mi beca CONACYT); trabajaba como asistente de investigación en CIESAS, lugar donde aprendí muchísimo al lado de la Dra. Maru de la O y gracias a quien tuve la motivación de estudiar la maestría y, finalmente, le transcribía entrevistas de historia oral a una maestra de la Universidad. Lo que me pagaban en los últimos dos lugares se iba íntegro a mi cuenta de ahorro porque yo sabía que solo lo que reuniera sería lo que me llevaría para afrontar mis gastos. Mis padres, aunque hubieran querido, no podían ayudarme con dinero porque mi padre ya era jubilado y no tenían más que un pequeño ingreso de su pensión y las ayudas que todos los hijos les dábamos. Mi plan de estudiar fuera lo organicé yo y lo logré yo. Cuando conocí a otros compañeros de la maestría me dio cierto sentimiento quizás de envidia, que ellos recibían dinero cada mes de parte de sus padres para su sostenimiento, además de la beca de ocho mil y tantos pesos que teníamos. Yo con eso tenía que resolver la renta de mi cuarto y mi manutención, por lo que no me sobraba para comprarme algo ni tener mucho esparcimiento. Creo que durante casi un año entero usé los mismos tenis Converse blancos y viejos que me llevé de Guadalajara.

Poco después me emparejé con mi ahora esposo y mis objetivos se volcaron en nuestra vida de pareja: independizarnos e irnos a vivir por nuestra cuenta fue algo así como el centro de mis deseos durante un par de años en los que vivimos en casa de su mamá. Este periodo lo recuerdo como algo nebuloso y desagradable. Habernos quedado como pareja en casa de mi suegra fue un error que me costó mucho en términos de mi independencia, seguridad y salud mental, por eso cuando logramos mudarnos sentí que era momento de reorganizar mi vida con mi esposo y nuestro hijo que venía en camino. Pero no fue tan fácil, fue justo en ese punto en el que me vi arrollada por la maternidad.

Como otras veces he dicho, no era mi sueño ser madre, no me había imaginado nunca criando hijos y en mi horizonte inmediato no figuraba esa posibilidad hasta que pasó y yo decidí no renunciar a ella. Físicamente para mí era un buen momento: con 31 años hacía ejercicio, tenía una buena alimentación, no tenía enfermedades, pero emocionalmente cruzaba por un periodo de depresión. Yo creo que era depresión, aunque nunca busqué ayuda, entre el estrés por terminar la tesis de la maestría y manejar la difícil vida bajo el mismo techo que mi suegra me sentía atada y limitada a seguir el camino que la vida parecía estarme trazando.

Cuando tenía 6 meses de embarazo nos mudamos por nuestra cuenta y la vida soñada no fue tal, yo trabajaba desde casa mientras mi esposo estudiaba su doctorado, gracias a eso estaba mucho tiempo conmigo pero también su mamá que no podía aceptar que nos hubiéramos ido y se hubiera quedado sola, así que para paliar su soledad nos visitaba prácticamente diario, algunos días llegaba hasta dos veces. No me gustaba su presencia ni sus críticas ni su actitud hacia mi maternidad, me hacía sentir una carga para mi esposo a pesar de que yo también tenía ingresos económicos, todo el tiempo mi presencia era relegada, de modo que ocupaba un lugar secundario en el paisaje familiar. Por encima de mí estaban su hijo (mi pareja) y próximamente mi hijo. Entonces no lo pude ver, pero desde hoy me doy cuenta que entonces acepté mucha violencia en mi contra y eso ha hecho que yo no pueda convivir con toda la tranquilidad esperada con mi suegra. Nos llevamos bien, hasta la he cuidado en sus enfermedades, pero no la veo con la consideración que me gustaría cuando sé que se dedicó a minar mi confianza y mi tranquilidad durante varios años.

Recuerdo haberme imaginado corriendo, gritando, huyendo, escapando de esa realidad que no me gustaba porque no me sentía dueña de mí ni de mi tiempo ni de mi dinero, todo quedaba encerrado en una especie de esfera familiar que era dirigida por la mamá de mi esposo. Pasaron varios años para que lograra hacerle ver a mi pareja que algo en la relación con su madre y nosotros no era saludable y

en poder reconocer y verbalizar lo agresiva que ella había sido conmigo. Cuando por fin lo pude decir y explicárselo ya estábamos transitando en otra etapa de nuestra vida y yo estaba mucho más tranquila, quizás encontrándole sentido a mi maternidad.

Cuando supe que estaba embarazada intenté informarme de la mejor manera que me fue posible sobre los cambios que se avecinaban, mi salud, el crecimiento del bebé, la lactancia, el parto y mil cosas más. Decidí con mi pareja que tendría un parto en casa asistido por una joven partera que conocimos a los 5 meses de embarazo. Llevé mi seguimiento con una ginecóloga y con la partera. Crecía la ilusión como padres primerizos pero esta etapa siempre estuvo empañada por la presencia incómoda de mi suegra, no puedo recordar cosas lindas de ella entonces. Sufrí mucho por tener lejos a mi familia y sentirme, realmente, presa de un ambiente donde yo no era feliz. A veces aún me pregunto por qué me quedé si tantas veces me imaginé yéndome y dejando todo ese ambiente desagradable atrás.

A pesar de todo en casa de mis padres había bastante independencia para moverte y hacer tus cosas, nunca tuve a mi madre sobre mí preguntando qué estaba haciendo mucho menos interviniendo en mis pendientes, cosa que sí hacía mi suegra. Odiaba sentir que mi tiempo y mi espacio no era mío. En esta angustiada espera nació mi hijo en nuestro pequeño departamento que rentábamos en una colonia vecina de la de mi suegra. Si el embarazo había sido totalmente saludable no teníamos muchas dudas respecto a que el parto también lo sería. Grave error. El parto en casa se había convertido por aquellos años en una verdadera obsesión o algo así, yo soñaba con una experiencia como las decenas de partos en casa que vi en videos y fotografías mientras estaba embarazada, había leído tanto al respecto que yo sentía que para comenzar con el pie derecho en esto de la maternidad TENÍA QUE tener mi parto vaginal normal y mejor si sería no intervenido y en casa. En los últimos meses leí mucho sobre crianza natural, crianza con apego, porteo, BLW, pañales de tela, collares de ámbar y un montón de cosas que hacían las mamás de hoy y me sentía convencida de que ese era el camino de crianza que yo quería

seguir. Era diferente al de mi madre y por supuesto al de mi suegra y me parecía sensato. Por lo tanto era lo que yo quería. Me veía convertida en una reina pariendo a mi hijo sin ninguna clase de anestesia y recuperándome en casa con toda la tranquilidad del mundo y demostrándole a todo el mundo lo fuerte que era y lo preparada que estaba para esta etapa de mi vida.

Por un momento he dudado si debería detenerme más en este punto y si lo pienso en realidad ésta ha sido la transformación más grande y significativa de mi vida, así que sí, no puedo solo mencionarla y ya.

Las intenciones eran buenas, no hay duda, sólo que nada salió como lo imaginamos entonces y lo que iba a ser un evento maravilloso terminó en una tragedia que casi me cuesta la vida: nació mi hijo pero yo tuve una hemorragia que la partera, bastante inexperta, no pudo detener. De haber soñado con la tranquilidad y la calidez del hogar, terminamos en el área de urgencias en un frío hospital en la noche del 11 de diciembre de 2013. El proceso que vivimos ahí fue una verdadera pesadilla: no pude estar con mi hijo durante cuatro días, necesité dos transfusiones de sangre, hubo mucho dolor e incertidumbre y mi debut como madre fue casi un desastre. Claro, mi hijo estaba sano, pero yo empezaba este camino totalmente debilitada y herida y encima de todo la gente que me rodeaba me hacía sentir incapaz. Nunca como entonces lamenté no estar cerca de casa y de mi madre, sé que ella me hubiera llevado a mi cama el desayuno, me hubiera preparado sus consabidos atoles para la leche y me hubiera enseñado a que mi hijo se prendiera de mi pecho. A cambio tuve la mirada crítica e incomprensiva de mi suegra y la inutilidad de mi esposo. Ser la mamá que tenía en mente era importante para mí, durante meses había formado una imagen idealizada de la llegada de mi primer hijo, pero desde ese momento sólo podía sentir una enorme indisposición, me sentía tonta, lenta, incomprensida, adolorida, cansada. Mucho tiempo después le dije a mi esposo que cuando me metía a bañar lloraba y lloraba para que nadie me oyera ni lo notara. Pasé un par de meses viéndome pálida como una vela por la gran pérdida de sangre que tuve ese día.

Nada de esto ayudó a mejorar nuestra condición de matrimonio independiente, aún tendría que luchar mucho tiempo más para ganar el respeto de mi espacio familiar que, a veces, parecía que solo yo lo necesitaba. Definitivamente no fue la forma correcta de comenzar en este camino, pero en mi defensa debo decir que en ese entonces yo estaba plenamente convencida de que estábamos haciendo lo mejor, todas las mamás aunque nos equivoquemos, creemos que estamos haciendo las cosas de la mejor forma posible.

Recuerdo que en ese entonces yo sólo quería que mi hijo creciera y estuviera bien, mi objetivo (en realidad mi vida en general) estuvo centrada por completo en mi hijo, fueron como tres años de tener como eje de mi vida al pequeño Juan. Después de un tiempo noté que mis intereses, mi tiempo, mi fuerza, mi atención y mi dedicación estaban totalmente volcadas en él, pero entre más tiempo pasaba más vacía me sentía, más desconocida me resultaba yo misma, recuerdo que le decía a mi esposo “Siento que soy como un fantasma” y ahí empecé un proceso de revaloración de mí. Comencé a preguntarme sobre cómo rescatar mi individualidad, mi personalidad, cómo reencontrarme, cómo rescatarme de un espacio en el que todos iban antes que yo en la lista de prioridades. Yo era la mamá, pero seguía siendo relegada en el grupo familiar, mis opiniones seguían siendo ignoradas y parecía tener que seguir peleando para que me escucharan.

Mi deuda conmigo misma desde hace 6 años es reencontrarme con la mujer que soy ahora, con el resultado de este proceso. Porque si bien la maternidad me arrojó a un espacio desconocido y me dio tremenda sacudida, me obligó a encontrar algo que quizás de otra forma no hubiera podido, me ayudó a descubrir una fuerza que no sabía que tenía y que fue exactamente la que me permitió poner límites a mi suegra, a mi esposo y a cualquiera que quisiera pasar por encima de mí o de mis hijos. Quizás suena a una cosa menor, a un pleito intrafamiliar como cualquier otro, pero para mí no, esto involucraba mi felicidad.

Ah, por cierto, las cicatrices que la vida me dejó cuando nació Juan sanaron cuando nació Inés cuatro años después. Ese segundo embarazo de mi bebé arcoiris si bien estuvo rodeado de mucha incertidumbre por el temor de tener que enfrentarme a las mismas amenazas que me rodearon con mi primer hijo, el resultado fue completamente diferente: mi hija nació en un hospital con la mejor atención que podíamos disponer, tuve un maravilloso trabajo de parto en casa, acompañada de mi hijo mayor y mi esposo, durante 15 horas sobrellevé las contracciones, recordando mi primer trabajo de parto y reconciliándome con todo lo que aquella vez no salió bien. Me sentí fuerte y lista para tener el nacimiento que siempre soñé. Llegué al hospital a las 8 pm con 8 centímetros de dilatación en medio de una tranquilidad que sorprendió a las enfermeras. Caminaba por mí misma, controlaba con calma mis contracciones, hasta me di tiempo de lavarme los dientes antes de ser internada. Dos horas más tarde, en una linda e impecable sala de expulsión, rodeada de un equipo de profesionales que atendieron todas las posibles emergencias que pudieran ocurrir, ocurrió el nacimiento de mi hija, mi soñado parto vaginal sin intervenciones, di a luz a mi pequeña Inés pujando únicamente dos veces, sin dramas ni miedos. La escuché llorar por primera vez a las 10 de la noche en punto y durante las siguientes horas estuvimos juntas, disfrutando el mar de oxitocina que me inundó después de su nacimiento. Su llegada me hizo fuerte porque ahora que lo recuerdo puedo llorar pero de alegría por saber que al final, todo resultó tan perfecto como siempre lo imaginé. Y sí, en esta ocasión me sentí como la heroína que cuatro años antes pensé que sería.